

J. Alfredo Díaz García



Mucho más que
un gato

Mucho más que un gato

Mucho más que un gato

J. Alfredo Díaz García

www.alfredodiazgarcia.com

V2

Algo sobre el presente.

Muchas personas pasan su vida pensando que el presente es hoy, el pasado es lo que recoge la historia sobre los años anteriores, y el futuro llegará mañana, el mes que viene o el año entrante. Así creyendo, pierden su tiempo sin darse cuenta de que, elpreciado presente, no es más que un esquivo instante, que hace equilibrio entre el segundo de tiempo que se fue con la exhalación anterior, que es el pasado, y el próximo segundo que marcará el reloj en el siguiente aliento, que no es otra cosa que el futuro.

Entre esos dos efímeros segundos transcurre nuestro momento de vida, pues nunca sabemos si respiraremos nuevamente.

Nadie muere en pasado ni en futuro.

Un cuento,

una historia...

una verdad,

una triste realidad.

En memoria de un ser único,
agradecido amigo y fiel compañero.

Prólogo

Esta narrativa está basada en una historia real. Fue escrita cuando transcurría un mes de su trágica desaparición. Es mi tributo a un ser —me resulta muy difícil decirle animal— que, a pesar de su pequeño tamaño, llenó enormemente mi vida y la de mi familia con momentos muy gratos, que jamás olvidaremos. Y si pudiera pedir un deseo, solamente uno, sería que la persona causante de su desaparición, así como la de tantas otras con similares inclinaciones, leyera esto y reflexionaran.



*Mucho más que un gato
Mucho más que un gato*

Primera parte.

El encuentro

Serían alrededor de las cinco de la madrugada de un día como tantos otros, cuando llegué a la Capitanía de Puerto, reportándome para la maniobra de desatraque de un buque tanquero en el terminal petrolero, a la que había sido llamado. En la recepción, el marinero de guardia me saludó con cara de somnolencia. El chofer de la agencia naviera representante de la nave ya me estaba esperando para trasladarme a los muelles. Caminé hacia la oficina del Oficial de Guardia para retirar la boleta de servicio, y escuché que alguien decía haberle dado una patada a algo, pero no presté atención.

Un maullido agudo, que sonó lastimeramente en el silencio de la noche, me detuvo. Volví a escucharlo y

reconocí que debía de tratarse de un gatito. Mis ojos buscaron por el suelo, siguiendo la fuente del sonido. Hubo un movimiento cerca de una columna. Fue algo blancuzco y de contornos difusos. Me costó reconocerlo, pero allí estaba.

Un tanto asombrado, yo miré aquella cosa mínima que se desplazaba dificultosamente por el suelo, emitiendo maullidos amplificados por la acústica del edificio. Yo relacioné entonces lo de la patada con el animalito, y algo se me encogió dentro del pecho.

De la oficina de Recepción y Despacho de Buques salió un funcionario y yo le pregunté.

—¿De dónde ha salido ese gatito?

—No lo sé, capitán. Hace un rato que lo encontramos al abrir la oficina para firmar un zarpe. Supongo que debe haberse caído del viejo conducto de aire acondicionado. Hace días que había una gata que estaba por parir, y suelen meterse por ahí

—Puedo entender eso. ¿Pero por qué lo patearon?

—Fue para sacarlo debajo del escritorio.

Yo percibí tal indiferencia en aquellas palabras que se me revolvió el estómago. Por educación no dije todo lo que me vino a la mente, pero el hombre notó mi expresión de disgusto y desaprobación. Yo decidí no involucrarme más y entré en la oficina para recoger mi orden de servicio. Cuando salí, la minúscula forma

maullaba lastimeramente cerca de los pies del marinero de guardia.

—Como que busca compañía humana —comenté yo.

—Así parece —respondió él sin prestar atención al gato.

Me asaltó el impulso de agarrar el animalito, pero fui atajado por la voz de la cordura. ¿Y qué haría yo con él en ese momento? ¿Metérmelo en un bolsillo? Además, con tres perras, un gato, tres loros, tres morrocoyos y no sabía cuántos sapos, yo ya tenía suficientes animales en casa como para agregar uno más a la cuenta. De manera que seguí mi camino sin mirar atrás, por aquello que dicen de que, ojos que no ven corazón que no siente.

Yo regresé de la maniobra de zarpe cuando el sol ya había levantado sobre el horizonte. El marinero de guardia en la Capitanía de Puerto me dio la mala noticia. Yo tenía otra maniobra más, esta vez de atraque. Ya los otros cuatro pilotos, que hacían guardia conmigo ese día, estaban también maniobrando. Yo suspiré resignadamente. Se trataba de una de esas mañanas movidas. Me incomodó el hecho de que yo debería salir libre a las ocho, dando por finalizados mis días de guardia, pero me retardaría esta nueva maniobra, que

bien podría ocuparme unas tres horas.

Entré a la Oficina del Oficial de Guardia para entregar mi boleta, por el servicio realizado y retirar la orden para el próximo. Salía de nuevo y fue entonces que volví a ver al minúsculo cachorrito moverse por debajo del escritorio del marinero.

—¿Y todavía anda por aquí el bichito ese?

—Sí, capitán, no se ha querido ir.

—¿Y no apareció la madre?

—Yo no he visto a ninguna gata por aquí.

Mal asunto aquel. El personal estaba por llegar y me di cuenta de que el animal estaba peligrando allí. En cuanto el tráfico de gente aumentara en la actividad diaria de la Capitanía de Puerto, alguien terminaría pisándolo por descuido y lo lastimaría severamente.

—Voy a llevarlo para el jardín lateral, a ver si la madre lo encuentra, porque aquí se va a morir.

—Sí, creo que será mejor —asintió el marinero.

Fue entonces que tú y yo nos conocimos, pequeñajo.

Fue algo breve e impersonal; al menos eso intenté yo.

Pude observarte mejor. Cabías en una sola mano. Eras casi del tamaño de una pelota de tenis. Predominaba el color blanco algo sucio, con otro color entre gris y negro.

—¡Por Dios! Si no debes de tener más de 4 semanas de nacido, si acaso. ¿Qué fue lo que hiciste para salir de

la madriguera, bichito? ¿Tan inquieto eres? Pues demasiado temprano empiezas a recorrer mundo.

Tú tenías un ojo bastante hinchado, probablemente producto de la patada que te dieron. Chillaste otra vez, con aquel agudo y corto maullido de bebé, y me mordisqueaste los dedos. Tenías hambre. Yo pensé que, siendo tú un macho, mi otro gato no te aceptaría en la casa si yo te llevaba. Aunque, como él estaba castrado, quizás no te sintiera como competencia. Pero ese pensamiento fue acallado de inmediato, por la consideración de que yo no debía de enredarme la vida con más animales.

Fue la voz de la razón, nuevamente.

¿O fue la del prejuicio?

Te dejé en el suelo del jardín, cerca de la vieja unidad de aire acondicionado central, a la sombra de un frondoso mango. Me pareció el lugar más adecuado para que te encontrara tu madre, pues aquella zona era la predilecta de los varios gatos que por allí había.

Miré al cielo y fruncí los labios. Estaba nublado y podría llover en cualquier momento. Si te mojabas no te salvaría nadie. Pero no seguí pensando en ello, te di la espalda y me fui. Yo no quería saber más del asunto, no quería involucrarme más.

Lo último que escuché fueron un par de tus maullidos, que se me enroscaron en el corazón como

una zarza, clavándome las espinas. Mi contrariedad y mal humor aumentaron. No era un buen estado de ánimo, para acudir a realizar una complicada maniobra de atraque de un gran buque tanquero.

Faltaba poco para dar las diez de la mañana cuando regresé a la Capitanía. Estaba cansado, pero satisfecho. Tenía dos horas de retraso, pero ya quedaba libre de las guardias. Por un par de semanas podría descansar y olvidarme completamente de buques y de maniobras. Entregué la Boleta de Pilotaje, pasé por varias oficinas saludando al personal y me despedí.

Ya en el estacionamiento, yo me disponía a entrar al auto cuando me acordé de ti. ¿Te habría encontrado tu madre? Vacilé un instante, luego volví hacia el jardín con la esperanza de que tú ya no estuvieras.

Cuando pasé el portón un gato salió corriendo. Yo caminé unos pasos y allí estabas tú, inmóvil en el mismo sitio en donde yo te había dejado. Eras una pequeña forma de contornos irregulares que se mimetizaban con la tierra seca, la grama rala y las muchas hojas caídas. Cualquiera podría confundirte con un pedazo de papel estrujado. Mi primer pensamiento fue que habías muerto. A saber cuántas horas llevarías sin comer.

Entristecido, me agaché junto a ti y te agarré. Te sentí

frío. Pero al contacto de mi mano te moviste un poco. Tu cabeza osciló varias veces hacia los lados y maullaste apagadamente. Te veías muy débil. En ese momento comenzó a llover con gruesas gotas. Si te dejaba allí morirías en muy poco tiempo.

Con una mano te sujeté contra mi pecho, para darte algo de calor y cubrirte de la lluvia.

Suspiré con resignación.

Ya estaba decidido.

Tendría que llevarte.

Ya veríamos que cara pondría mi esposa, pero yo no podía dejarte abandonado a una suerte cuyo fatal desenlace era tan previsible e inminente.

Te puse sobre la alfombra trasera del auto, envolviéndote con un viejo pañal de tela que yo usaba para limpiar las ventanillas.

Un rato después te sentí mover y maullar por entre mis pies. No era conveniente que gastaras tus fuerzas, ni aquel un buen sitio para ti, pues podría lastimarte al presionar el pedal del freno o el embrague. Mientras conducía te agarré como pude y coloqué sobre el asiento, entre mis piernas, sujetando el volante con una mano y acariciándote con la otra. Allí te quedaste tranquilo, hecho un ovillito.

En aquel momento yo recordé un hecho similar, ocurrido muchos años atrás. Nunca te lo conté? ¿Cómo va a ser? ¡Vaya olvido el mío! Pues te cuento.

Por aquel entonces ya teníamos dos hijos. El varón con casi cuatro años, y la hembra que había cumplido los dieciocho meses. Fuimos los cuatro en el auto, a buscar la cachorrita que habíamos comprado por teléfono en un criadero. Tanto mi esposa como yo tuvimos animales desde niños, sin embargo ese sería el primer perro propio que tendríamos en familia, y habíamos tratado el asunto como una decisión importante. Nos había llevado varias semanas de análisis y consideraciones leyendo enciclopedias caninas y reseñas. Finalmente nos decidimos por la raza boxer. Escogimos una hembra, para aprovechar su instinto maternal y que creciera junto con los niños. Nuestros hijos crecieron demasiado rápidamente para mi gusto, y



la cachorrita mucho más rápido aún. De hecho, en un abrir y cerrar de ojos fue más grande que la niña.

¿Qué si fue

una buena perrita, quieres saber? Solo te diré que, en más de una ocasión, nuestra inquieta hija se durmió en el suelo, abrazada sobre ella, sin que la noble perra osara moverse lo más mínimo para no despertarla. Le pusimos de nombre Barby, por lo linda que nos pareció, y vivió con nosotros durante casi catorce adorables años. Sí, mucho tiempo para un perro boxer.

Aquel día, regresando del criadero, mi esposa colocó a la cachorrita de dos meses sobre su regazo, mientras los niños iban seguros en la parte de atrás del auto.

La perrita pronto se mostró inquieta, y tanto dio que se bajó del regazo de mi esposa y caminó sobre el asiento, viniendo hacia mi lado.

Mi esposa volvió a colocarla en su regazo, pero nuevamente la perrita se inquietó. Yo le pedí que la dejara, para ver lo que hacía. La perrita caminó hacia mí, subió a mi regazo, dio unas vueltas y se quedó con la cabecita apoyada sobre mi pierna.

—Bueno, ya ella eligió dueño. Siempre sucede igual con los perros y tú.

Fue lo único que mi esposa comentó.

Lo primero que ella dijo cuando me vio entrar a la cocina contigo fue:

—¿Qué es eso que traes? ¡No me digas que es otro gato!

Yo sonreí por toda respuesta y te dejé en el piso de la despensa.

—Anda, caliéntame un poco de leche, que yo le voy a remojar la comida de gatos, a ver si estando blanda se la puede comer. Es posible que ese animalito lleve muchas horas sin probar nada.

Pero un ruido peculiar nos hizo asomarnos a la despensa. Nuestra sorpresa fue mayúscula cuando te vimos. Tú estabas completamente metido dentro del plato del *Rufo*, nuestro gato. Eran claramente audibles los crujientes sonidos que hacía la comida cuando la mordías con verdadera desesperación. No sé cómo no te atragantaste.

—Me parece que no será necesario remojarla —dijo mi esposa riendo.

—Yo no tenía la menor idea de que esa cosita ya pudiera masticar comida tan dura. —Atiné a comentar yo—. Mejor así. Eso nos facilitará las cosas. En verdad que ese animalito tiene ansia de vivir. Menos mal que encontró la comida del gato y no la de los perros.

Te pusimos un platito con leche tibia, que tú también lamiste con avidez y satisfacción, hasta la

saciedad. Cuando terminaste no podías moverte. Parecía que hubieras duplicado tu tamaño en un instante. Eras pura barriga llena.

¿Recuerdas aquel primer baño? Con una toalla humedecida en agua templada y algo de jabón azul, yo te di una friega para ver que había debajo de aquella pelusa. Te enjuagué con la misma toalla y te secamos bien. Tú no dejaste de ronronear ni un solo instante, cual si tu madre te estuviera lamiendo. Estaba claro que te sentías a gusto.

Los verdaderos colores fueron apareciendo. Podía decirse que eras blanco, con algunas manchas de varios tonos grises.

En aquella cabecita del tamaño de una pelota de pimpón, además de las orejas destacaba la minúscula nariz de fuerte color rosa. El gris te formaba una especie de peluca que enmarcaba unos grandes ojos amarillos. El rabito, el anca de la pata trasera izquierda y parte de la derecha, eran grises también. El resto era blanco. En definitiva, no parecías nada especial, no estabas dado para ganar concursos de belleza. Al menos eso fue lo que yo pensé en aquel momento. Tú eras un gatito feo y arruinadito. Pero me agradaste. Te lo digo sinceramente. Algo en tu aspecto me gustó.

Eras tan mínimo que un viejo cepillo de dientes fue suficiente para acicalarte, entre ronroneos y juegos. Y

pude examinarte con calma. No tenías pulgas ni otro tipo de parásitos externos. Lo único visible era el ojo, que seguía muy hinchado y te lagrimeaba un poco, aunque me pareció que un oído también te molestaba.

Te acomodamos en el vestier de nuestro dormitorio, dejando a tu alcance algo de comida para gatos remojada en leche. Yo recorté una caja de cartón, dándole la altura conveniente para que tú pudieras salir y entrar. Coloqué en el fondo algunos trapos de cálida textura, así como varios viejos muñecos de peluche sobre los que te dormiste rápidamente. Te hacía falta un buen descanso.

Mi esposa y yo discutimos el asunto. Bueno, es solo un decir. Nada hubo que discutir realmente. Dadas las circunstancias, los dos decidimos dejarte. Por los momentos, claro estaba. Ya luego veríamos qué hacer contigo; quizás te encontraríamos un buen hogar. Por supuesto que en ese momento ninguno sabíamos que te quedarías con nosotros por siempre. O quizás sí que lo supimos. Por lo menos yo lo sospechaba.

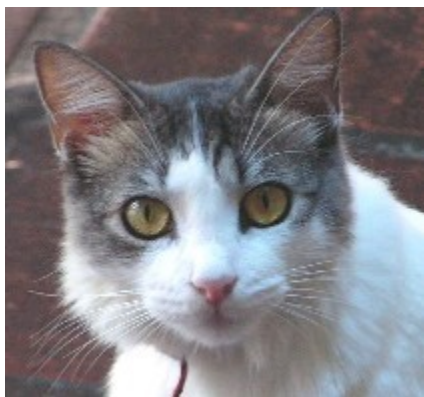


A primera hora de esa tarde te volví a montar en el auto, para llevarte al veterinario. Esta vez estabas más activo. Tú recorriste hasta el último

rincón, como un osado explorador. Lo hiciste calladamente. Siempre fuiste un gato muy silencioso. Oírte un maullido era toda una novedad... y para mí un placer.

Durante la corta espera en el consultorio, tú permaneciste pegado a mi camisa, mirando todo con curiosidad e inquietud. Yo te hablaba para que te acostumbraras a mi voz.

Al veterinario también le pareció que no tendrías más de cinco semanas, por lo que te estimamos una fecha de nacimiento. Él te examinó concienzudamente, en medio de tus constantes protestas, mientras tú me buscabas con la mirada. Estaba muy claro que no querías estar en aquellas manos. Afortunadamente, aparte del ojo inflamado, pero sin consecuencias, solamente te encontró un oído infectado y cierta alergia menor. Te



inyectó, te vacunó, desparasitó y me indicó un tratamiento para aplicarte durante varios días. Fue un servicio completo. Luego me preguntó cuál era tu nombre, para la historia clínica.

—*Mínimo* —respondí

yo sin titubear.

—Vaya, es un nombre peculiar; nunca lo había escuchado. *Mínimo* me parece bien.

—La verdad es que yo no había pensado en ponerle ningún nombre, porque no quisiera encariñarme con el animalito —le aclaré—. Sin embargo, por no decirle simplemente *minino* y, además, porque es tan pequeño, creo que le viene bien ese.

Cuando el veterinario terminó contigo y yo pude cargarte de nuevo, tú dejaste de maullar y te pegaste a mí como un geco a una pared. Te agarraste con tus uñitas, como si quisieras asegurarte de que ninguna otra persona te arrancaría de allí. Ronroneaste junto a mi cuello y me lamiste con tu pequeña y áspera lengua. Lo que tú no sabías en ese momento, ni yo tampoco, era que tú no te habías aferrado a mi camisa, sino a mi corazón.



*Mucho más que un gato
Mucho más que un galo*

Segunda parte

La aceptación

Los primeros quince días con nosotros transcurrieron para ti en el particular, y seguro mundo, compuesto por el vestidor y el baño. Por ti mismo aprendiste a utilizar eficientemente aquella enorme caja de arena. Rápidamente reconociste la relación entre tus necesidades fisiológicas y el arenero.

En aquel mundo cálido y protegido tú jugabas, hacías ejercicio corriendo tras de las pelotas y disfrutabas mordisqueándome las manos, tratando de treparte por las perneras del pantalón o persiguiéndome los pies cuando yo andaba descalzo. Allí tú dormías en tu caja de cartón, perdido entre los muñecos. Eso cuando no preferías dormir metido dentro de uno de mis zapatos, donde entrabas perfectamente, de pequeño que eras. Con el tiempo mantuviste el gusto por dormir sobre ellos, y desamarrarles los cordones también.

¿Recuerdas tu presentación en familia? Primero fue a

las perras, una por una. A la *Chica* la primera, por eso de que ella era la matriarca. Luego a sus hijas de seis años. *Montserrat* antes, por ser la dominante, y finalmente la maternal *Penélope*. Nosotros teníamos ya días frotándote con la toalla de ellas, para hacerlo más fácil, así que aquello no fue nada difícil. Algunos olisqueos por aquí y por allá, mucha curiosidad, un jalón de oreja y unas cuantas lengüeteadas limpiadoras, que tú soportaste con cierto recelo.

Otra cosa muy diferente había sido un año atrás, cuando trajimos al Rufo. Fue nuestro primer gato, un gran mestizo asiático de color anaranjado. Nos lo regalaron ya con cinco meses de edad. En aquella ocasión fue necesario un mayor protocolo, pues nuestras tres alocadas perras boxer nunca habían socializado con felinos, a menos que perseguirlos se pudiera llamar socializar. Pero poco tuvimos nosotros que hacer, la verdad sea dicha. El propio gato se encargó de todo. Al fin y al cabo, él se había criado entre perros. Ellas tres pronto comprendieron que era un miembro más de la familia y lo aceptaron. Yo nunca antes había tenido gatos, pero me atraían enormemente y ese primero me trajo muchas sorpresas agradables. Logró que mi amor por los felinos se manifestara. Quizás fue eso lo que te salvó a ti.

Pero mira cómo son las cosas. El *Rufo* se comportó muy distinto contigo. Fue evidente que no le cayó nada bien tu presencia, que ya llevaba días olisqueando por el dormitorio. Cuando por fin lo dejamos verte debes haberle parecido alguna especie de ratón peludo. Tú lo

mirabas con buena dosis de desconfianza, y él como si tú fueras una presa. Cuando se acercó mucho, tú te encrespaste, bufaste y levantaste una de tus patitas delanteras con las uñas al descubierto. ¡Uf, qué gran amenaza fuiste! *Rufo* te hubiera tragado de un solo bocado. Pero aquella actitud nos dio una buena idea de tu temple. Fueron necesarios un par de suaves, pero firmes regaños por nuestra parte, para que él terminara tolerándote, una vez satisfecha su curiosidad inicial. No obstante, no fue aceptación lo que se produjo, sino simple tolerancia.

Con el tiempo, unas veces le resultaste indiferente, por más que tú quisiste llamar su atención y jugar con él, y otras te molestó descaradamente sin motivo aparente.

Lamentablemente, él nunca fue para ti el hermano mayor que yo hubiera deseado, pero la relación tampoco puede decirse que fue mala. Mejor suerte tuviste con las perras, que se convirtieron en tus nodrizas. Con



frecuencia desplazabas a una de ellas de su colchoneta, echándote tú en la mitad, a tus anchas. Otras veces te acurrucabas junto a ellas, que gustosamente te hacían un sitio. Hasta te dabas el tupe de comer en sus platos cada

vez que tú querías.

Recuerdo con placer los primeros intentos por sacarte a tomar el sol de la mañana. Te coloqué en el suelo, sobre un trapo, pero aquello no te gustó. Maullaste en protesta y quisiste escapar de tanta luz. Sin embargo, poco a poco, unos minutos cada vez, después de varios días lograste soportarlo. Claro, siempre que yo te tuviera en brazos. Eras un aprovechado.

También me deleito ahora recordando tus primeras salidas al gran jardín trasero. ¿Las recuerdas tú? Estoy seguro de que sí.

Yo te coloqué en medio de la grama japonesa que estaba algo crecida, y me senté cerca a ver cómo explorabas. Todo era nuevo y asombroso para ti. La textura de la grama, los olores, los sonidos y revoloteos de los pájaros, el agua que corría en la fuente, hasta la brisa; todo llamaba tu atención. Y cuando algo te asustaba corrías hacia mí. Buen sobresalto que te dieron aquellas tres grandes piedras que olían tan raro y se movieron



cuando te acercaste. Eran los morrocayos, moles enormes comparadas contigo.

Aunque, para sobresaltos, el que tú me diste el día en que, ya

con poco más de tres meses, en un descuido te escabulliste corriendo y subiste al árbol. No te conformaste con la joven higuera de ramas bajas y poca altura, en la que yo pretendía que practicaras. ¡No, que val!, tuvo que ser en el gran níspero. Claro, entendí que su gruesa, rugosa y agrietada corteza te resultara mejor para aferrarte. Además era el árbol que el *Rufo* utilizaba para acceder a los techos.

Y pasó lo que tenía que pasar. Tú descubriste que subir era fácil, pero bajar no. Allá arriba maullaste asustado. Aunque esa primera vez no me quedó muy claro si fue por no poder bajar, o fue más por causa de los graznidos agresivos de la descarada pareja de tordos, que no querían abandonar su rama. Solamente después de un buen rato fue que decidí subir a buscarte. Entonces, como la media docena de veces que seguirían en los días subsecuentes, tú te aferraste a mi camisa, por debajo del cuello, yo te bajé y decidí que por ese día ya habías tenido suficiente exploración arbórea.

No pasó mucho tiempo sin que el espacio del vestidor y el baño te resultaran limitantes. Comenzaste a protestar, particularmente de noche, cuando nos sentías en el dormitorio. Tú no podías pasar la puerta plegable, y manifestabas tu frustración con maullidos que yo no quería atender. Fue una de esas noches en que, con enorme tesón, tú lograste entreabrir un resquicio en la

esquina inferior, lo suficiente como para entrar al cuarto donde mami y yo leíamos en la cama. Admiré tu tenacidad.

Aquel memorable día tú recorriste el piso y todos los rincones del dormitorio, meneando la colita, contento por tu logro. Intentaste subirte a la cama agarrándote de los faldones del edredón, pero tú aún no tenías la habilidad suficiente y pediste ayuda. De muy buena gana yo cedí a tus peticiones y te subí. ¡Qué dichoso te pusiste! Ronroneaste sonoramente, yendo de mami a mí y de mí a mami, recorriendo toda la superficie de la gran cama kingsize, mirando hacia el piso y evaluando la altura.

Esa noche no nos dejaste seguir leyendo. Nos apartaste los libros de las manos, revisándolos y mordisqueándolos. Tú querías saber qué cosa era aquello que atraía nuestra atención más que tú. Yo tenía las piernas dobladas y tú te empeñaste en treparte y quedar sobre mis rodillas. Por supuesto, impulso felino al fin y al cabo, sabías que quien domina la altura tiene el control. Yo nunca te dije que tus uñitas se agarraban bien de la tela del pijama, pero también de mi piel. Desde aquel entonces tomaste como juego subirte a mis rodillas, cada vez que se te presentaba la oportunidad, y yo lucía con orgullo los rasguños.

Aquella fue la primera vez que tú dormiste con nosotros. Te quedaste sobre mi pecho. Los ritmos de mi corazón y respiración te resultaban tranquilizadores. Yo te mantuve sujeto para que no te escurrieras. Durante algunas semanas seguiste aquella costumbre, que a mí me encantaba. Más tarde, en algún momento de la noche, tú

bajabas a la cama y te acurrucabas entre la almohada y mi cuello, o te metías debajo de la ropa cuando el frío te incomodaba. Fue cuando me di cuenta de que, aunque tú estabas cubierto de un suavísimo y agradable pelo, tu barriguita aún estaba desnuda. Fue la última parte en cubrirse.

Poco tiempo después ya fuiste capaz de subir por ti mismo a la cama. Subir y bajar de un salto fue un nuevo gozo para ti. Y si alguna vez puedo afirmar haber visto a un gato sonreír, fue con el jueguito aquel que tú inventaste. ¿Te acuerdas?

Yo estaba acostado leyendo, desentendido de ti. Tú saltaste a la cama y corriste por encima de mí, directo hacia la cara. Esa primera vez yo me sobresalté un poco y cerré los ojos, pues no sabía qué esperar. Pero tú te detuviste bruscamente, justo con tu nariz tocando la mía en íntimo contacto. Retrocediste un pasito y fijaste tus dorados ojos en los castaños míos. Yo te acaricié. Tú ronroneaste, sonreíste y te alejaste para seguir en otras cosas. Así, cuando yo volvía a estar distraído, tú realizabas de nuevo tu carrera y el juego de poner en contacto nuestras narices y, a veces, tú terminabas dándome un mordisquito cariñoso en la mía. Y yo aprendí a ronronear como tú.

Algunos días más tarde, mami y yo decidimos terminar con tu confinamiento. Por fin te dejamos en completa y absoluta libertad, para vagabundear por el interior de la casa y que te integraras a nuestra vida diaria, cosa que tú agradeciste. Sin embargo tú nunca abandonaste lo que

llegaste a considerar como tu dormitorio.

Porque, a diferencia del *Rufo*, que solamente lo hizo durante unos pocos meses, tú siempre conservaste el gusto por dormir en nuestra cama, tendido a los pies. Yo desarrollé el sentido de despertar antes de moverme, para estar seguro de que no te fuera a lastimar. Y allí, midiéndote por los cuadros del edredón, al igual que sucede con los hijos, con más rapidez de lo que yo hubiera querido te fui viendo crecer y hacerte adulto. Nunca alcanzaste el gran tamaño del *Rufo*, quien te sacaba la mitad más. ¿Pero a quién le importaba eso?

La mayoría de las veces tú llegabas a la hora de acostarnos y te dormías después de jugar un rato. Luego, hacia las cinco de la mañana, tú te subías sobre mí y me lamías la cara, hasta que veías que yo abría los ojos, ronroneaba como tú y te acariciaba la cabeza. Tú saltabas al suelo y te dirigías hacia la puerta de la habitación. Era señal de que querías salir.



En muchas ocasiones, cuando yo estaba libre de guardias y decidía flojear, quedándome acostado un poco más, tú esperabas

pacientemente afuera, en el pasillo, a que mami se

levantara primero. Cuando ella abría la puerta tú entrabas, subías a la cama, te acostabas en tu sitio y dormías hasta que yo despertaba. Luego desayunábamos los tres juntos.

A ti te encantaba desayunar y cenar con nosotros, y preferías comer de mi mano más que en tu propio plato. Si no te veíamos en la mañana, era casi seguro que el repetido sonido del microondas, tras calentar el café con leche o alguna comida, sería la señal para que tú aparecieras a desayunar.



*Mucho más que un gato
Mucho más que un gato*

Tercera parte

La gran amistad

Para cuando tenías seis meses tú ya te habías adueñado de todo. Hacía tiempo también que se te había castrado. Contigo fue a una edad más temprana que con *Rufo*. Creo que tú tenías como dos meses. Nosotros no queríamos paternidades irresponsables. Aunque lo hicimos también para evitar que llegarais a casa llenos de heridas, a veces severas, por escaramuzas con otros gatos por causa de hembras en celo o por territorio.

Menos mal que contigo dio resultado, porque con el *Rufo* nunca funcionó completamente. Quizás haya sido porque él ya tenía unos siete meses cuando se le castró, no

recuerdo bien. El hecho es que él tenía épocas en que no dejaba de llegar con heridas de guerra

Generalmente no pasaban de ser algunos pocos



arañazos en las orejas, la nariz y la cara. Él se dejaba atender de buen grado, ronroneando mientras yo lo curaba. Él solía poner una de sus

patas delanteras sobre mi mejilla, como para sentir la vibración de las palabras. Me miraba fijamente a los ojos, escuchando lo que yo decía, y maullaba quedamente, como si respondiera a mis preguntas sobre las causas de los rasguños. Los dos aprovechábamos esos particulares momentos para hablar del asunto.

Realmente fueron pocas y de escasa importancia las heridas que él trajo. Aunque, en dos ocasiones, llegó con la misma pata trasera cortada severamente. Probablemente haya sido por alguna de las botellas rotas con que se coronan los muros de algunas casas, como medida de seguridad. Y otra vez apareció con cuatro marcas de colmillos gatunos en la cabeza, uno de los cuales, bastante profundo, casi le alcanzó una vena en el cuello. Quizás él no peleaba por hembras, pero nunca quiso ceder su territorio a ningún otro gato. La casa, los jardines y los techos conformaban su territorio principal, que él marcaba con frecuencia y vigilaba celosamente. No

le gustaba que otros gatos cruzaran sus predios, pero aprendió a compartirlos contigo.

Por el contrario, tú nunca fuiste agresivo ni colocaste marcas, quizás por respetar las de *Rufo* o porque tú no sentías ese impulso. Tampoco te fuiste de farra, algún que otro fin de semana, dejándonos angustiados, apareciendo dos días más tarde con cara fresca, como si nada.

Tú preferías pasar el tiempo dentro de la casa y en los jardines, observando a los pajarillos en sus incesantes saltos de fruta en fruta, los revoloteos de un árbol a otro y sus baños en la fuente. O perseguías a las mariposas, polillas y libélulas, brincando en el aire para intentar atraparlas. Y en las tardes, entre la una y las seis, tú desaparecías. Al principio no sabíamos a donde te ibas, hasta que te encontramos durmiendo apaciblemente la siesta, en sitios tales como el trastero o dentro de un armario empotrado, debajo de alguna cama o camuflado en algún macizo de flores.

Definitivamente, el Rufo y tú erais dos gatos totalmente diferentes. Él era cazador, tú no. Salvo un par de ratoncillos con los que llegaste a casa, en dos oportunidades, para compartir tu triunfo con nosotros, y que nunca hiciste el menor intento de matar y comer, cosa que el Rufo sí hacía. Fuera de eso, tú no pasaste de atrapar alguna lagartija que, al final, se iba tras perder apenas un saltarín trozo de cola, que pronto le volvería a crecer. ¡Ah, sí! También un par de pajarillos descuidados, que tú tampoco mataste, afortunadamente.

Una vez fue una de las tortolitas, que aprovechaba los

excesos de comida que las loras dejaban caer bajo la jaula. La otra fue un azulejo, lo recuerdo bien. En ambos casos nos resultó muy fácil quitártelos y liberarlos. Te compensamos con muchas caricias, palabras tiernas y algunos bocaditos de pollo, pescado o las delicadezas culinarias que a ti te gustaban.

De alguna forma tú terminaste entendiendo que a nosotros no nos agradaba nada que tú cazaras. Yo te explique que los pajarillos también tienen el derecho a vivir. Que ellos, junto con las lagartijas, las ranas y los sapos que teníamos por los jardines, nos hacían un bien. Ellos eran nuestra primera línea de defensa contra los insectos, por eso en casa no teníamos cucarachas, gusanos ni otros bichos.

¿Recuerdas también los momentos en que tú y yo, a la sombra de la pérgola, disfrutábamos de la contemplación de nuestro jardín? Yo te cepillaba y tú ronroneabas inclinándote para que te acariciara la cabeza, la cara y la barbilla, esos sitios a donde tu propia lengua no alcanzaba a llegar para acicalarte. Yo te decía:

—Mira, ya está el colibrí de regreso, libando de aquellas campánulas azules. Oye a los loros cara sucia, que algarabía tienen montada; son unos escandalosos. Observa aquel hermosísimo canario y a la reinita caminar por la hierba, están comiendo los insectos y gusanitos que sacó la lluvia. No te pierdas el espectáculo de la hembra de azulejo disputando el higo más maduro. Escucha ahora, disfruta del mágico canto que la paraulata nos está ofreciendo desde allá arriba. ¿No es engañosa y

contrastante la poca vistosidad de sus plumas con lo hermoso de sus trinos?

Yo sabía que el ave solamente trataba de obtener respuesta de otra de su especie, que se encontrara en el área, pero yo prefería pensar que ella cantaba para nosotros, agradeciendo todo lo que les dábamos.

Yo te explicaba también que tu plato siempre tendría comida abundante. Pero que, de similar forma, los higos, los mangos, nísperos, limones y bananos de nuestros frutales, así como el alpiste, arroz y migajas de pan que les poníamos en el comedero de aves, eran para compartir con todas las que nos visitaban diariamente, porque nos alegraban la vista con sus colores y los oídos con sus trinos.

Yo te decía que ellas no eran para que tú y el tremendo del *Rufó* las anduvieran hostigando y cazando. Menos mal que, por más que sus saltos los hicieran una presa apetecible para jugar, por ti mismo decidiste que no era bueno meterse con los sapos, cuando llegaban al atardecer para dar buena cuenta de la comida granulada que las perras dejaban caer de sus platos

De aquella forma, hablando y hablando, en nada que yo me descuidaba ya estaba explicándote la importancia de cada una de las especies, en el correcto equilibrio de la naturaleza. Mami sonreía cuando nos sorprendía. Claro, como si tú pudieras entender. Bueno, entender quizás no entendías, pero bien que sabías escucharme. Y yo aprendí a escucharte a ti, porque las palabras no siempre son necesarias.

La gloriosa pasarela. ¿Te acuerdas de ella, gatito? Fue aquel día en que te sentiste lo suficientemente grande



como para igualar al *Rufo* en sus correrías. Tú subiste al árbol de nísperos siguiéndolo. Pero él saltó desde una de las ramas hasta el techito de tejas del trastero, y se fue por los altos de las casas vecinas. Tú te quedaste en la rama, llamándolo porque querías seguirlo. Era un salto de poco más de un metro,

pero desde una rama muy vertical e incómoda, y se necesitaba la habilidad que tú aún no tenías.

Fue tal la angustia que noté en ti tratando de encontrar un sitio por donde pasar, que no aguanté y decidí solucionarlo.

En mi tallercito de bricolaje yo agarré una tabla y, en un santiamén, la aseguré bien clavada en el tocón dejado por una vieja rama cortada. Así, a unos dos metros de altura, quedó lista una linda pasarela desde el árbol hasta el techito. Tú que me habías estado viendo hacer desde una rama más alta, bajaste y la inspeccionaste. Era tu pasarela y la estrenaste con mucho tiento. Al llegar al otro lado te detuviste, miraste hacia abajo y fijaste tus ojos en

los míos. No necesité más. Yo sabía lo que tú querías decirme. Entre nosotros no eran necesarias las palabras.

Ese día tú seguiste tras los pasos del *Rufo*, y te perdiste por los techos de las casas vecinas durante varias horas. Yo me quedé un tanto intranquilo, pero comprendí que ya eras un adolescente independiente. Claro que comprenderlo y aceptarlo eran dos cosas bien diferentes. Pero nunca te dije nada de mis angustias. Nos quedaban tantos años por delante para compartir.

Después de ese día, yo muchas veces te encontré echado en medio de la pasarela, contemplándolo todo o



fastidiando un poco a las perras desde aquella atalaya. Tú también la utilizabas para tus juegos de cazarme a mí o a mami. Esperabas que pasáramos por debajo y nos jalabas del cabello con tu zarpita.

¿Y de aquel viaje a Caracas, para ponerlos a ti y a las perras el microchip de identificación? ¿De eso bien que te acuerdas, verdad? Fueron cinco horas de viaje. *Montserrat* y *Penélope* viajaban en la parte de atrás de la camioneta, separadas por los asientos y la red. A ti te llevaba dentro de tu jaulita de viaje, bien sujeta con el cinturón de

seguridad en el asiento del copiloto, para que pudieras verme. Pero tú no dejaste de quejarte durante la primera hora. Finalmente yo decidí ver que ocurriría.

Te dejé salir de la jaula y cesaron los maullidos. Tú te acercaste a mí, colocaste tus patitas delanteras sobre el volante y estuviste por casi quince minutos manejando conmigo, mirando la carretera con gran curiosidad. Luego pasaste a la parte trasera y te echaste por más de una hora junto a las perras. Finalmente regresaste al asiento del copiloto, que yo había desocupado, y permaneciste echadito en él, mirándome, hasta que llegamos.

Más que pasar, los meses volaron y tú terminaste de crecer. Quienes te habían visto cuando te traje a casa



decían ahora:

—¡Qué hermoso se ha puesto ese gato!

Sí, eras realmente hermoso. Yo me había equivocado.

Ocurrió como en el cuento del patito feo. Tu pelo era asombrosamente sedoso, de un blanco intenso y varios

tonos de gris. Y con tu porte regio, tus hermosos ojos dorados, nariz sonrosada, encantadora expresión infantil y cándida personalidad, bien pudiste haber participado en un concurso.

Aunque, definitivamente, fuimos nosotros quienes ganamos el premio contigo. Tu amor por nosotros fue incondicional, y tu nobleza y confianza fueron absolutas. Sin embargo, con los extraños tú siempre fuiste muy desconfiado.

¿Llegaste a saber que mami jamás lamentó el haberte aceptado? Yo jamás lamenté el haberte encontrado. ¿Lo sabías, verdad? ¿O fuiste tú quien me encontró a mí, bribonzuelo? Si fue de esa forma, siempre te agradeceré por haberme elegido.



Por más que el tiempo pasó tú nunca dejaste de verte como el eterno gatito mimoso. Conservaste la cara de niño bueno, y lo eras. Cada vez que me veías te acercabas buscando mi mano, demandando la caricia que yo siempre tenía lista, generosa y abundante para ti.

A cambio tú me dabas tu afecto incondicional. Te refregabas contra mí, marcándome con tu olor para que todos lo supieran. Yo

era tuyo y tú eras mío. Los dos nos teníamos el uno al otro. Y cuando caminabas a mi lado lo hacías con orgullo, con tu rabo en alto, ligeramente enredado en mi pierna para mantener el contacto conmigo.

Tú podías pasar horas enteras ronroneando contento, dejando que yo te acariciara. También soportabas agradecidamente que yo, con todo cuidado y paciencia, te quitara los cardillos y pegones que, según la temporada, tú traías enredados en el pelo, particularmente en la cola. Por ellos yo sabía que habías estado de correrías en el parque de atrás de la casa. Y también sabía que habías cruzado por el jardín de la vecina, para acortar terreno al regresar. Al parecer, tú sabías bien cuándo su perro estaba amarrado y cuándo no. Fueron los días felices.



*Mucho más que un gato
Mucho más que un gato*

Última parte

La separación

La noche del viernes 3 de junio del 2005 tú estuviste con nosotros en el dormitorio. Fue uno de tus momentos de hiperactividad, en que correteaste de un lado para otro haciendo ruidos y travesuras. No nos dejabas dormir, por lo que mami decidió abrirte la puerta y tú saliste de buen grado.

No supe cuánto tiempo habría pasado, cuando escuché tu inconfundible y agradable maullido llamando desde el pasillo. Miré el reloj de pared, era la una de la madrugada del sábado. Abrí la puerta y tú entraste rápidamente, yendo directo a la alfombra, ronroneando. Alcancé a ver

que llevabas algo en la boca.

Mami, que se había despertado, me preguntó qué era aquello. A la tenue luz de la lamparita piloto, conectada a uno de los tomacorrientes, me pareció que se trataba de un espinazo de pollo, pero sentí un fuerte y desagradable olor a pescado. Por un momento pensé que tú lo podías haber sacado del cubo de basura de la cocina, pero me di cuenta de que tú nunca habías hecho eso. Además, ni el cubo estaba asequible para ti ni lo dejábamos con basura de noche. Por otra parte, tampoco se había cocinado pescado ese día. Fue cuando me inquieté. Una alarma se disparó en mi cabeza y mi mente amodorrada por el sueño se aclaró.

Todas aquellas consideraciones me habían tomado tan solo un breve instante. Sin embargo, para cuando yo encendí la luz, dispuesto a quitarte aquello que olía tan mal, ya fue tarde, te lo habías comido con rapidez. Fue casi de inmediato que comenzaste a carraspear, como si algo se te hubiera quedado en la garganta.

Te observamos y, en un principio, pensamos que podía haber sido una espina, pero cuando hiciste un esfuerzo y vomitaste me di cuenta de la tragedia. ¡Lo que comiste estaba envenenado!

Los terribles síntomas se manifestaron de inmediato. Yo los conocía muy bien. Muchos años antes habíamos perdido una pequeña perrita poodle por esa misma causa. Se trataba de un veneno para ratones, de efecto rápido y devastador. Solían presentarlo con diversos nombres, para tratar de evadir la prohibición de su venta. Popularmente

era conocido como *el tres pasitos*, porque, según se decía, eso era todo lo que alcanzaba a recorrer un ratón después de haberlo ingerido.

Tú te desesperaste tratando de sacarte del estómago lo que te quemaba. Nosotros nos desesperamos sabiendo lo que ocurría. Mami se puso como loca. Corrió al teléfono y trató de comunicar con alguna clínica veterinaria a donde llevarte, pero fue inútil. A la una de la mañana de un sábado no respondió ninguno de los dos o tres teléfonos móviles, de los veterinarios que anunciaban atender emergencias las 24 horas. Ella por fin logró dar con un amigo, en Caracas, a 350 kilómetros de distancia. Él nos dijo lo que había que hacer, pero de nada nos sirvió saberlo.

Nuestro mundo terminó de venirse abajo de un golpe. Los preciados primeros minutos habían volado. A esas alturas, probablemente de nada hubiera servido suministrarte dosis masivas de agua oxigenada, ni de ninguna otra sustancia para inducir el vomito. Tampoco te habría ayudado cosa alguna que nosotros te pudiéramos haber dado, porque la inyección de atropina que era vital no la teníamos. Tampoco la habríamos conseguido en ninguna farmacia de turno, pues era un producto exclusivamente para veterinarios.

Quedamos consternados, viendo impotentes cómo tú te retorcías, consumiéndote por dentro, echando espuma por la boca. Pero nada podíamos hacer. Tu vida no estaba en nuestras manos.

Tú llorabas de dolor.

Yo nunca había oído llorar a un gato y eso me desgarró. Tú me mirabas desconcertado, suplicante, sin comprender lo que te sucedía, ni por qué razón yo no podía ayudarte. Eso me produjo una pena aún más terrible. Tú corriste debajo de la cama, maullando de una forma que yo no conocía, arañando el fondo con desesperación, intentando mitigar tu dolor de alguna forma. Pero fue inútil.



Yo no lograba alcanzarte allí abajo y te llamé por tu nombre. Tú callaste un momento y me miraste. Con un gran esfuerzo saliste arrastrándote hacia mí, tus patas traseras no te respondían ya. Quedaste en el suelo, inmóvil, tendido cuan largo eras. Estabas mojado por los espumarajos malolientes que soltabas por la boca, sufriendo visiblemente mientras tu sistema nervioso y respiratorio colapsaban. Mami y yo estábamos a tu lado, hablándote, acariciándote, pero totalmente impotentes. Ella te arropó con tu toalla de baño y te cargó. Tú ya no reconocías nuestras voces. Tus ojos tampoco parecían vernos. Unos momentos más tarde morías en sus brazos. Tus padecimientos habían terminado. Nuestras lágrimas terminaron de empapar tu cabeza mojada.

Al mes siguiente tú hubieras cumplido tres años, pero todos ellos se fueron en unos brevísimos momentos. Diez

o doce minutos fue todo el tiempo que el aborrecible veneno necesitó para acabar con tu hermosa vida. Tu horrenda agonía había concluido, pero la nuestra continuaba y el dolor aún no alcanzaba el clímax.

A la pena que yo ya arrastraba desde hacía tres meses, por haber perdido prematuramente a *La Chica*, nuestra perra mayor, se unió la tuya. No recuerdo haber tenido nunca antes un sentimiento de dolor tan desgarrador, una aflicción tan profunda como la que experimenté en los terribles y angustiosos momentos de tu cruel agonía. Y pido a Dios no volver a pasar por algo igual jamás. A la tremenda impotencia que sentí por no haber podido hacer nada por ti, se unió la devastadora rabia de ver que tampoco encontraría ayuda para salvarte. ¡Renegué de todo, en aquel momento!

Por si aquel tormento no hubiera sido poco por sí mismo, el saber que el envenenamiento no fue accidental me consumió por dentro, como si me corriera lava. No se trató de ningún cebo puesto en algún sitio, expresamente para matar ratas, y que tú encontraste por casualidad. No, mi adorado gatito, no fue un accidente. Se trató de un pedazo de pescado colocado intencionalmente en algún techo, abundantemente rociado del condenable veneno, por quien sabía que esa combinación producía un olor especialmente atractivo para los gatos. Y tú fuiste quien cayó esa noche, debido a tu particular gusto por el

pescado.

Mis lágrimas duraron semanas y llegaron al río, pero terminaron por cesar. Sin embargo la rabia que llevo por dentro aún no me abandona.

Yo no volveré a escuchar tus escasos y agradables maullidos infantiles, como no sea en sueños. Mi corazón no latirá saltarín al verte venir hacia mí. Tú no te revolcarás en el piso pidiendo mis caricias, ni yo me contemplaré en tus cálidos ojos de oro.



Tú ya no
provocarás a
mami con tus
adorables
travesuras,
deshaciendo los
montoncitos de
hojas que ella
vaya barriendo
en las mañanas.

Ya no acudirás
más para ayudarnos a escarbar la tierra y sembrar alguna
planta, o llegarás corriendo a ver qué fue lo que nosotros
enterramos sin avisarte. Tú no corretearás saltarinamente
a mi lado ni jugaremos los dos. No nos pondremos a
contar si son once o doce las variedades de pájaros que
llegan a nuestro jardín. No compartirás más nuestra

cama.

Los sonidos del horno de microondas perdieron el encantador significado que tenían antes, cuando te llamaban como campanadas en pueblo anunciando boda o a bautizo. El dulce gozo de reservarte trocitos de pescado, pollo o carne, se trocaron en amarga y silenciosa tristeza, y la mesa se siente sola sin ti. Toda la casa extraña tu grata, silenciosa y querida presencia.

Tú y yo no compartiremos el agua fresca. No saltarás al lavamanos o al fregadero para que yo, dejando el chorro correr y haciendo cuenco con la mano, te facilite beber mientras tú apoyas una pata en mi muñeca. No lamerás luego mi mano para secármela. Tampoco beberás de mi vaso al menor descuido mío, encogiendo las orejitas para meter la cabeza.

Las mascotas que yo he tenido a lo largo de mi vida han sido unos apreciados miembros más de mi familia. Ellas han producido grandes impresiones en mí, pero ninguna lo ha logrado tan profundamente como tú, querido *Mínimo*.

Con tu pérdida yo vivo ahora en una extraña y contradictoria dualidad. En mi corazón hay un enorme y desolador vacío y, sin embargo, mis recuerdos están llenos de ti. Tú ya no estás físicamente acompañando mi sueño, pero llevo tu agraciada imagen impresa en la camisa de mis pijamas.

Yo siempre lloraré tu desaparición y deploraré las trágicas circunstancias en que se produjo. Sin embargo ya no quiero saber quién fue el causante. En el vecindario alguien sonreirá y nos engañará a todos pasando por gentil persona, evadiendo con falsas sonrisas la justicia



humana. Pero yo estoy seguro de que, en su momento, él responderá ante Dios por su infame y alevoso crimen. A Dios no podrá mentirle. Por mi parte, yo habré de responder por mi rencor de ahora.

Aún hoy los ojos se me humedecen al recordar aquellos desesperantes momentos de tu terrible agonía, y

tengo que hacer grandes esfuerzos para que el dolor no aflore en toda su desoladora magnitud.

En los días que siguieron, los más allegados comprendieron y compartieron nuestra aflicción. Otros, por el contrario, se extrañaron de mi prolongada reacción de dolor, incapaces de entender. Dijeron que solo se

trataba de un gato y nada más.

¿Solamente un gato? ¡No, en absoluto! Tú fuiste mucho más que un gato para nosotros. Cuando yo te decía «mi gato» no había sentido alguno de posesión, ni intención de pertenencia.

Tú fuiste un valioso miembro de la familia, fuiste un ser inmensamente agradecido, que compartió y dio alegría a nuestras vidas.

Tú nos trajiste dicha sin igual.

Tú nos hiciste conocer y apreciar las múltiples facetas y posibilidades de la naturaleza animal, la interacción de especies y la confianza absoluta en la relación humana.

Tú me hiciste ver las maravillas de tu espíritu libre, manteniendo conmigo una relación de dependencia gustosa, pero sin sentido de posesión. Nos teníamos el uno al otro, gustosa e incondicionalmente, pero ambos éramos libres.

¿Cómo explicar eso y todo lo demás que implicó nuestra relación, a quien jamás lo ha experimentado, a quien nunca ha amado un perro, un gato o animal alguno?

Yo no sé si existe un más allá para los animales. En algunas viejas culturas se afirma que, en la pluralidad de existencias del ser, las almas de los animales tienen la posibilidad de evolucionar hacia estadios superiores de conciencia y, en algún momento, alcanzar a ser humanas. Si así fuere, en esta corta pero fructífera vida de apenas tres años escasos, nuestra relación debe haberte asegurado un gran paso hacia ese elevado estado. Y si no fuera así, si

los animales siempre habrán de seguir siéndolo, entonces yo espero volver a encontrarte en otra de tus múltiples vidas felinas.



Algún día, en el lugar menos esperado quizás, yo me encontraré con un desaliñado y ruin gatito desamparado, no importa de qué color. Será tan mínimo que casi lo confundiré con un pequeño hámster. Él me mirará. Yo lo miraré, perdiéndome en la belleza interior de sus grandes ojos.

Él me reconocerá y maullará. Yo lo sabré entonces. ¡Mi gatito feo habrá aparecido! Te habré encontrado de nuevo, querido y fiel amigo. Tú me habrás encontrado otra vez. Y mi corazón cantará dando gracias al Cielo, porque tú eres más, mucho más que un gato.

Mientras tanto, descansa en paz, querido y fiel amigo mío.

Nota de autor

Inicialmente yo intenté escribir un pequeño poema, pero todo tiene su época y yo hace mucho que abandoné la lírica. Tampoco podría haber dicho todo lo que quería en esa forma. Además, en este caso, palabras como pérdida, muerte y dolor no me rimaban con vida, alegría y amistad, ni aún en verso libre.

En mejores momentos y mejor vena, otros han escrito sobre la mágica y particular naturaleza del gato. A quien se interese en ellos, recomiendo la lectura de los siguientes poemas:

Oda al gato. De Pablo Neruda.

Poema 17, The cat walk. De Sergio Rigazio a Leo Larini.

Y también esta página web que recopila poesía y prosa gatuna: *Poesía gatuna*

Sitio web del autor: www.alfredodiazgarcia.com